

## Alba, a medianoche

---

### *Hoy*

He vuelto a verlo. Reconocí su rostro a la distancia, perdida entre los asistentes. Y he sentido que el tiempo no gravitaba. Más viejo, algo sombrío, diecisiete años después de aquella noche en que nuestras vidas se cruzaron, emergía como un fantasma que renace. Lo vi moverse con parsimonia apenas lo nombraron. Caminó lento y elegante al estrado para hacer su presentación. Una bruma indefinible me envolvía, y él la provocaba, aunque no me distinguiera. En todo el universo éramos las únicas almas testigos de aquella noche fatal, y ese secreto nos condenaba a ambos. No quería enfrentar su mirada, ni que pudiera reconocerme. Tuve muchas sensaciones, pero más fue vergüenza que otra cosa, que otro sentimiento, porque no sabía cómo proceder ni qué decirle, si le llegaba a hablar. Porque de hacerlo, daba por seguro que, ante todo, su recuerdo iba a ser que mató a mi padre.

### *Una semana atrás*

Gerardo me ayudó con el desayuno, y después se quedó junto a mí, todo el tiempo. Para él, quizá era un domingo diferente. O no sé, pero se adaptaba a mis comportamientos, parecía importarle mucho todo lo que yo hacía (con algo de maniática costumbre), algunas labores domésticas, en el fondo evasivas. Incluso atender a mi vecina que, no pudiendo resistir la curiosidad, inventó una

## **Alba, a medianoche**

---

excusa para asegurarse en persona de que había un hombre en la casa. Y que, claro, había pasado la noche conmigo. Gerardo, que notó la situación, tuvo la deferencia de presentarse él mismo como si nada. Mientras yo enmudecía. Ella, como muchos en el edificio, nos había visto crecer inundadas de temores, a Clara y a mí. Más de una vez tuvimos que refugiarnos en su departamento. Entonces pensé en Clara, mientras Gerardo charlaba con mi vecina de alguna tontera, yo creí ver a Clara, y tuve tantas ganas de contarle y de alegrarla, decirle que era posible enterrar el pasado. O intentarlo. La podía ver junto a mí, tomar mi brazo y decirme palabras dulces. Hasta podía verla sonreír, como nunca lo hizo.

### *Dos semanas atrás*

Me preguntó por mi madre y le dije que no la conocí, que no la recordaba, para no tener que dar detalles. Pero, a juzgar por su mirada escrutadora y tensa -mientras bebía un poco de vino- supuse que mi respuesta más bien terminó por inquietarlo. No me parecía importante explicar nada, seguía siendo un extraño para mí. Sólo se trataba de una primera cita, casi a ciegas. Pero, para hacer las cosas más cómodas, decidí hablarle de tía Alicia, y de todo lo que había hecho por nosotras. Entonces, al notarlo más complacido, me explayé durante largos minutos para recordar varias anécdotas de las tres, de lo unida que éramos, y por cierto, más historias de Clara y tía Alicia que de mí misma. Siempre me ha sido difícil hablar de mí.

La noche fue cubriendo los cristales, con lentitud, pero no me lastimaban los minutos. Caí en la cuenta de que nunca había tenido una verdadera cita, o que la sintiera así, sin arrepentirme. Gerardo parecía entender todo lo que le contaba, aunque no me expresara con meridiana claridad.

## **Alba, a medianoche**

---

Sus pocas palabras me lo hacían ver, y esa comunicación era demasiado novedoso para mí.

Habíamos terminado de cenar, casi, cuando reflexivamente me reproché por no haber preguntado nada acerca de él. Y no es que me importara tanto enterarme, sino mostrar interés, un interés más que lógico de mi parte. Entonces, en ese mismo instante en que yo intentaba inventar una interrogante adecuada, me preguntó si quería acompañarlo a otro lugar, a uno donde bebieramos unos tragos y continuáramos la conversación. Espontáneamente le respondí que sí, y dejé de cuestionarme.

### *Tres semanas atrás*

Úrsula me habló de un tipo, alguien que ella conoció cuando era alumna de pregrado. "Un joven menos convencional, bastante equilibrado, ni *tan tan*, ni *ton ton*", me lo describió. Al principio traté de ignorarla, pero cada cierto rato insistía, "es bueno..., es ubicado..., es guapo". Se trataba de alguien que volvía a la universidad después de hacer su postgrado en el extranjero. Úrsula había sido su ayudante de cátedra, y estaba segura de conocerlo bien. Le dije que cuatro años fuera podrían haberlo cambiado mucho, "no lo creo" me respondió. Luego mencioné que de seguro ya tenía pareja, y ella, categórica, me espetó: "no, no la tiene, para nada, de eso no tengo dudas". La miré fijo, porque me resultó sorpresiva su reacción, y pude adivinar que ya le había hablado de mí. Pero no quise preguntárselo.

## **Alba, a medianoche**

---

### *Tres meses atrás*

La invitación al simposio fue una sorpresa. Úrsula la trajo hasta mí, posándola en el escritorio, con un gesto delicado, como si aquella lámina de papel elegante pesara mucho. Por un segundo, sin querer estar atenta, temí que se tratara de su casamiento, y la sola idea de asistir a un matrimonio me heló la sangre. Pero no. Era otro asunto.

- Que menos esperabas después de salir en una revista científica. Tu tesis lo merece- me dijo, cuando leí la carta, en voz alta, fingiendo algo de extrañeza.

La universidad me impulsó a publicar la tesis, por la calificación obtenida y las recomendaciones de mis pares. Exponerla era un gran aliciente. Mi primera presencia en un congreso de alto nivel, con charlistas extranjeros, y los mejores investigadores del país. Tuve pensamientos entusiastas, que levantaron mi ánimo -de común algo débil. Sin embargo, una corazonada furtiva comenzó a angustiarme. La posibilidad de una coincidencia, del reencuentro. Aquél que había marcado mi destino, y cuyos pasos inconscientemente trataba de seguir. Quizá regresaría, quizá esta era la ocasión.

### *Seis meses atrás*

Dentro de una semana Clara cumplirá tres años muerta. Tía Alicia lleva poco más de dos fallecida; no pudo sobrevivir un año al suicidio de Clara. Fue un duelo demasiado difícil. Para ambas.

## **Alba, a medianoche**

---

Debí haber ordenado la misa de rigor, ya que el grupo de vecinos que interactuaba con tía Alicia me lo había estado recordando (como si fuera fácil de olvidar). Solo contestaba que lo haría pronto. También era necesario invitarlos y recibirlos, como cuando ella estaba viva y dirigía el grupo de catequesis. Era su casa.

Todo el trabajo de tesis no me había permitido el tiempo para mudarme. Meditaba que lo mejor era decidir ese cambio, irme del barrio, empezar de nuevo, una nueva y solitaria vida. Pero no lograba hacerme del valor para eso.

### *Tres años atrás*

Tía Alicia me trajo una taza de café y quiso acompañarme, pero le pedí que fuera a dormir. La noté muy cansada. Temo por su corazón, los cardiólogos han sido categóricos. Le dije que me sentía bien, y que mi mente se iba a ocupar de otros asuntos. Y sí tenía trabajo, pero estudiar era mi refugio, lo único que me salvaba de los pensamientos angustiosos, y que lograba adormecer el pasado. No me preocupaba por Clara. Ya no. Era difícil explicarle eso a tía Alicia. A nadie. Jamás. Y lo haría por su propio recuerdo. Todos estos años fueron alimentando mi admiración por Clara, porque nunca quiso contar nada, cerrándose a la sola idea. Su fortaleza me ayudaba a sobrevivir. Así lo había sentido siempre, sin reconocer que era mi falta de valor para descifrar su mente. No, no lo había intentado de verdad. Y ahora contaba con mi estudios, para cubrirme y refugiarme. Para esconderme. Aunque ya no lograría hacerlo de Clara.

Una imagen del pasado, sin embargo, me atacó al rato, y no pude alejarla, la fuerza con que

## **Alba, a medianoche**

---

embestía mi mente era devastadora. Terminó por instalarse con nitidez, doblegando mi voluntad. Era el rostro de un hombre. Sus rasgos se hacían más expresivos, revelándose. La mirada de ese rostro inundó la habitación, clavándose en mis ojos. Sus pupilas café y limón irradiaban una luz que podía traspasar mis pensamientos. Y una voz me susurraba algo indescifrable.

El campaneó de un teléfono fue creciendo hasta lograr despertarme, pero no tuve fuerzas de contestar a tiempo. O alguien no tuvo el valor de identificarse. No lo sé. Por fin el cansancio había logrado vencer la fuerza de los recuerdos. Esa llamada venía desde lejos, de otro mundo.

### *Seis años atrás*

Clara me miró fijo, con sus ojos impávidos y solemnes. Esperaba despierta por mí. No dijo una sola palabra. Se mantuvo quieta, como detenida en el tiempo.

– No pude resistir que me tocara -dije, en voz baja.

Tampoco quise observar su reacción, sabía que ella se hacía ilusiones, que esperaba más. Pero no podía mentirle. De cualquier modo, lo hubiera descubierto, tenía esa capacidad, ese dominio sobre mí.

Terminé de desvestirme y me arrojé rápidamente bajo el cobertor, hundiendo mi cabeza, en busca de algo de calma, tratando de no pensar, de aturdirme. Clara nunca dijo algo, se quedó dormida, largo rato después. Creo que no me escuchó llorar.

## **Alba, a medianoche**

---

### *Doce años atrás*

No era una noche cualquiera. Terminamos de cenar, y esta vez Clara me ayudó con la vajilla, mientras tía Alicia nos seguía contando la historia de cómo se habían conocido nuestros padres, según la desviada visión que ella recordaba. No hicimos ningún comentario, al menos yo. Clara jamás los hacía. Su rostro estaba rígido, y entendí que entró a la cocina para escapar de esas historias. Me preocupé un poco. Tía Alicia no paraba de hablar de lo hermoso y galante que era su hermano, y de como nuestra madre había caído rendida de amor por él. Luego se puso un poco triste, pero seguía hablándonos. Recordé que el aniversario de nuestra orfandad era también el de su último encuentro con aquel gran amor. Entendí entonces el porqué las copas de vino durante la cena, y el excesivo ánimo de recordar, quizá aquellas cosas que en realidad no estaba dispuesta a contarnos. Pero sí la obsesión de revolcarse en el pasado. Clara se largó, abruptamente, al dormitorio. Tía Alicia no quiso notarlo, seguía con sus historias, en tono más lento, hasta luego comenzar con incoherencias más que nada. Cuando terminé de limpiar todo, siempre sin decir una palabra, primero la obligué a levantarse de la silla, para luego llevarla como pude a su habitación.

## **Alba, a medianoche**

---

### *Diecisiete años atrás*

Alba se despertó de golpe, la voz de su padre reverberaba por el segundo piso de la vivienda. Palabras sin sentido, acechando las habitaciones en la oscuridad. Entonces no era él, sino aquello en lo que se convertía, y sintió el terror de siempre, de siempre en esas ocasiones. Se mantuvo en silencio, petrificada, con la respiración angustiada; podía escuchar los latidos de su corazón, o creía escucharlos, y trataba de no respirar, pero eso le producía más terror. Durante unos segundos aspiró varias bocanadas jadeantes, esperando un algo milagroso, que la voz se silenciara, que el cansancio lo rindiera, que cayera dormido en su propio cuarto. Y pareció ocurrir, casi recuperó el alivio. Pero solo hasta reconocer otra voz, irrumpiendo por la segunda planta, una más aguda, sorprendida e inocente. Alba sintió un terror nuevo, uno más poderoso, uno que fue capaz de hacerla reaccionar como si nada que pudiera sucederle a ella le importara, y de un salto se incorporó para lanzarse a correr hacia el pasillo, la otra puerta, la otra habitación, para interponerse, para abrazar a Clara, para gritar y suplicar hasta recibir los golpes, uno tras otro, los golpes.

Al día siguiente, Alba hizo todo lo posible por no mostrar las marcas del furioso ataque. Su tía llegaba temprano desde la capital para quedarse por las fiestas. Y esta vez la acompañaba un novio del que ella les había hablado en los días previos. Alba recibió las recomendaciones telefónicas de su tía, intentando explicarle a Clara cuál era la forma correcta de comportarse, y para no hacer comentarios inapropiados delante de la desconocida visita. Con mucho tacto, Alicia detalló a Alba, a la que trataba como una hija y había criado durante sus primeros años de vida, algunas señas del sujeto en cuestión, un hombre muy culto, académico universitario, que volvía a ser soltero después



## **Alba, a medianoche**

---

de un breve y fracasado matrimonio. Alicia lo había conocido casualmente, y la relación iba bien encaminada. Alba, a pesar de sus pocos años, pudo entender que su tía estaba muy involucrada afectivamente en la nueva relación, y eso le producía sentimientos encontrados, porque abrigaba la esperanza de poder emigrar pronto, con Clara, para definitivamente vivir con ella. Pero se le hacía imposible sincerarse y decir las razones de esos sentimientos, explicar que la extraña personalidad de su padre, que delante de otros adultos era alegre y afable (incluso hipócritamente sumiso), podía volverse en ese otro, en eso otro que la amenazaba de la forma más inentendible, que la hacía tener pesadillas cada vez que el sueño lograba vencerla.

Alba siempre parecía cansada, deambulando de la casa al colegio y del colegio a la casa. Hablaba muy poco, tratando de no llamar la atención, y si le preguntaban algo, aun lo más nimio, el miedo la invadía y tartamudeaba al tratar de expresarse. Su timidez era bien conocida por todos en el vecindario y el colegio de la ciudad, pero se le atribuía al hecho de haber quedado huérfana de madre tempranamente. La señora Ester, que a diario se encargaba de las tareas domésticas, se sentía complacida de que las niñas casi no se hicieran notar, y lo entendía como señal de buena educación. La avejentada mujer solo debía lidiar con el poco apetito de Clara; pero la misma Alba había aprendido la forma de deshacerse de la comida para evitar los regaños, o en otras ocasiones ella engullía casi ambos platos, si le era posible. Muchas veces vomitaba los alimentos ingeridos, sin ser descubierta.

Cuando llegó Alicia, aún era temprano. Pero ya las niñas estaban vestidas y peinadas, luciendo algunas de sus mejores ropas, y la señora Ester se encargó de dar la bienvenida. Aunque no era día hábil, el padre de las menores había salido temprano a tratar asuntos en la pequeña empresa de construcción que manejaba. La casa era espaciosa, pero el acompañante de Alicia, Arturo, un

## **Alba, a medianoche**

---

hombre delgado, de rostro un tanto lánguido, pidió que se le recomendara un lugar cercano para hospedarse. La amable señora a cargo de las niñas exclamó palabras de sorpresa, señalando que ni siquiera existía hotel alguno de categoría en la pequeña ciudad. Como Arturo insistiera, Alicia se decidió a buscar alojamiento.

Más tarde se reencontraron todos en la casa; las niñas, el padre de éstas y la pareja visitante. Alicia intentaba mimarlas y estar cerca de ellas, y parecía cosiderar lógico, por alguna condescendiente razón, que ambas no fueran efusivas. Eso sí, siempre las sentía responder con docilidad a los gestos de cariño.

Arturo había notado el carácter retraído de Alba, reparando en que nunca enfocaba directamente los ojos en él. Percibía una ligera sensación de miedo que no le era comprensible. La chica menor, Clara, en cambio, lo miraba mucho, y su rostro transmitía un aire perplejo y riguroso; quizá demasiado adusta la expresión para alguien de su edad. Ambas hablaban muy poco, y frecuentemente, también, se buscaban con la mirada. No era su interés comentar nada de ello a Alicia, pero no dejaba de extrañarle el comportamiento de las niñas. Particularmente, le impresionó que Alba, al acercarle una copa de vino a su padre lo hiciera con cierto titubeo de aquella proximidad, retirando con mecánico reflejo el brazo cuando su progenitor apenas le rozara la muñeca con los gruesos dedos.

Por la mañana, el grupo emprendió un corto viaje de relajo hacia una rústica propiedad, apenas una cabaña, pero en un paraje idílico, que las niñas habían heredado de su madre y que Alicia insistió en visitar. El trayecto lo realizaron en la camioneta del padre, quien se preocupó de reiterar lo generoso que era un río cercano en proveer de pesca fácil. En nada le interesaba a Arturo el tema,

## **Alba, a medianoche**

---

pero por cortesía escuchó hablar de ello durante los casi treinta minutos que duró el viaje.

En la única oportunidad que Alba y Alicia se quedaron a solas, durante suficiente tiempo, la niña pudo decirle a su tía lo mucho que deseaba irse con Clara a Santiago, porque ya no quería seguir viviendo en una ciudad tan pequeña.

– Pero tú que sabes de estas cosas -le respondió, risueña, Alicia.

Alba insistió, incluso suplicándole que aceptara llevárselas a la capital, y prometiéndole que ella misma se encargaría de todo lo que tuviera que ver con Clara. Alicia la abrazó con mucho entusiasmo, para prodigarle cariño, pero también para tratar de sacarle esas ideas de la cabeza, y solo entonces notó que la chica temblaba al oprimirla contra su cuerpo.

Los hombres habían estado caminando por los alrededores de la cabaña y luego encendieron fuego en una vieja salamandra, con el que Alicia se las arregló para preparar alguna comida, en base a provisiones que habían llevado. Ella no pudo prestarle más atención a su sobrina, y se las arregló para que todos tuvieran con que alimentarse. El padre de Alba se había mantenido silencioso desde la llegada al lugar, quizá notando la poca empatía que generaba en Arturo.

Por la noche cenaron en un restaurante del pueblo, a modo de despedida. La pareja visitante partiría temprano a la mañana siguiente, pero hizo un recorrido final por el pueblo, una caminata nocturna, antes de instalarse en su hotel. Las niñas y su padre se habían dirigido a la casa recién terminada la cena; el hombre comenzó a beber apenas ingresó a la vivienda. Estaba molesto, toda la jornada derivó en generarle un fuerte sentimiento de frustración, por la actitud fría y arrogante

## **Alba, a medianoche**

---

de Arturo, y por el hecho de tener que fingir gentileza frente a su hermana, a la cual, interiormente, siempre había menospreciado.

Alicia experimentaba una constante sensación de dicha estando con Arturo. Para ella el viaje había sido perfecto, le era imposible percibir más de lo que, en el fondo, deseaba inconscientemente que fuera real.

Una vez en la habitación del hotel, y en el momento en que intimaban, Alicia de sobresalto recordó haber dejado las llaves del automóvil tiradas en el salón de la casa de su hermano. Arturo se contrarió, aunque Alicia lo tomaba como algo hilarante. Podían pasar por la casa antes de partir, sin embargo Arturo prefirió vestirse con presteza y acudir por esas llaves de inmediato. Eran poco más de las once de la noche. Por la mañana quería partir muy temprano, el viaje les significaba casi tres horas y Arturo necesitaba llegar antes de las nueve a su oficina. Le pidió a Alicia que se comunicara por teléfono a la casa de su hermano y sin esperar más salió del hotel, que distaba unos quinientos metros de la vivienda.

La casa no se encontraba en una calle regular, ya que la había construido el padre de las niñas en un paño de tierra rodeado de sitios eriazos. El lugar se mantenía alejado casi cien metros de la vivienda más cercana.

Aunque intentó que le abrieran, incluso a gritos, Arturo no obtuvo respuesta a sus llamados. Había luz en la planta baja. Al rodear la casa, una obscura intuición le embargaba el ánimo, creyendo oír gemidos, ruegos y llantos desde el segundo piso. Su inquietud fue aumentando, hasta que, por fin, Alba apareció tras la puerta, la que había abierto en medio de un desborde de ansiedad. Sus ojos

## **Alba, a medianoche**

---

humedecidos y exhortantes se dirijían a Arturo y hacia la escalera, una y otra vez, frenéticamente. Los gemidos se volvieron vociferaciones horrendas, la niña tapó sus oídos con ambas manos y apretó fuerte sus párpados y Arturo titubeó, exhalando nervioso, antes de encumbrarse por las escaleras, mientras Alba se quedaba inmóvil, gélida, pero sintiendo que su mente ebullicía. No quiso subir, sabía bien que ya era tarde para ayudar a su hermana, entendiendo aquel martirio, pero también le desbordaba tener que suplicar a un extraño, y esa sensación de transgredir el secreto de su angustia, la desnudez del alma, le afligía sobremanera. Por mucho que no quisiera, escuchó el estruendo de la puerta ceder, la que se había cerrado para ella, y supo de inmediato que jamás podría olvidar todos esos sonidos. Pero de pronto, insospechadamente, sintió que una misteriosa bruma la envolvía, y tuvo la certeza de que ya nada le iba a suceder. Abrió los ojos y vio a su padre y a ese hombre forcejear como perros enrabados, un torpe y grueso cuerpo tratando de controlar los envites y los golpes de aquel hombre enrojecido, desfigurado, que no cedía. Luego vio a su padre, pesado y sin control rodar y tronar toda la escalera, peldaño a peldaño, como desarmándose, hasta quedar boca abajo, apenas ahí cerca, a sus pies, sin moverse más. Entonces Arturo, extenuado, descendió con lentitud y en silencio hasta arrodillarse frente a Alba, pero sin atreverse a mirar sus ojos. La niña, antes petrificada, ahora comenzó a moverse, rodeando el cuerpo de su padre, acercándose hasta tocar el brazo de Arturo, mirándolo de cerca, sin expresión, pero sin miedo, grabándose en su mente el color de esas pupilas ya aquietadas. Escuchó un susurro desde aquél, unas palabras incomprensibles, mientras sus ojos enfrentados por el suceso pactaban una alianza perenne. Entendió que su pasado ya no existía, que ahora no era nada, que un abismo sin fin se abría delante de ella. Y de Clara. Subió silenciosa las escaleras.

## **Alba, a medianoche**

---

*Hoy*

Su nombre, su nombre, ese nombre que fue abriendo los pasadizos oscuros de mi pasado. No la reconocí, pero lentamente comencé a recordar. Su nombre. Tenía que ser ella, y yo fingiendo como si nada, tratando de no volver a aquella noche. Su nombre, y sus ojos, fijos en los míos. No, no podía abstraerme, el pasadizo se abría paso por mi mente. Nuestras fatalidades unidas, la muerte, la mentira, la simulación. Y ella, recordará esa noche, recordará aquellas palabras, las que traté de decirle, las únicas palabras que pude pronunciar, *sé bien lo que has sufrido, yo lo sé bien...*